

La levadura del fariseo

Uno de los dichos más populares del refranero castellano dice: «De músico, poeta y loco, todos tenemos un poco». Me tomaré la libertad de hacerle un cambio y crear mi propia paráfrasis del adagio, puesto que de músico no tengo nada: «De fariseo, poeta y loco, todos tenemos un poco». Probablemente usted pensará para sus adentros: «Bueno, yo podré ser poeta o loco, pero no fariseo». De ser así, su reacción me parece natural. Después de todo, no quisiéramos tener nada en común con un grupo que ha pasado a la historia como uno de los oponentes más acérrimos al movimiento iniciado por Jesús.

Ahora bien, alguna vez se ha puesto a reflexionar en si los fariseos fueron tan malos como suponemos. Yo lo he hecho. Y, tras haber revisado la información bíblica, especialmente lo que Lucas dice en cuanto a ellos, he concluido que se parecen a nosotros, los creyentes del siglo XXI, más de lo que realmente podríamos imaginar. ¿Sigue el farisaísmo extendiendo sus quisquillosos tentáculos entre los profesos cristianos de nuestra época? Antes de ponderar lo que Lucas ha escrito respecto a los fariseos, echemos un vistazo al farisaísmo que conocieron los autores del Nuevo Testamento. ¹

Los fariseos en los tiempos de Cristo

El mismo nombre, «fariseos», establece un vínculo irreversible entre ellos y nosotros. Debido a que hemos acuñado dicho vocablo cuasi como sinónimo de hipócrita, algunos sospechamos que ese habrá sido su significado original. Pero nada más lejos de la realidad. El término «fariseo» proviene de una palabra aramea que significa «separado». ² Como «los separados», ellos

representaban el grupo de «los santos, la verdadera comunidad de Israel». ³ ¿No nos consideramos también nosotros como los que nos hemos «separados» del mundo? ¿No somos los llamados a ser santos? Pablo dice que Dios lo «apartó [*afaristas*] desde el vientre de su madre» (Gálatas 1:15). Sí, somos «fariseos», en el buen sentido de la palabra, porque Dios nos ha elegido, nos ha separado, nos ha apartado, por su gracia y amor, a fin de que lleguemos a ser sus representantes en el mundo.

¿De qué se habían «separados» los fariseos»? Nadie sabe a ciencia cierta la respuesta precisa a tal interrogante. Podrían haberse separado de la forma en la que la clase sacerdotal interpretaba las Escrituras; o quizá se estaban separando de los pecadores; tal vez nacieron como un movimiento que decidió marcar distancia de la tendencia helenística que se había puesto de moda entre los judíos del siglo II a. C. Si bien la intención original pudo haber sido loable, lo cierto es que con el paso del tiempo los fariseos se apartaron de todo el que no fuera partidario de su manera de vivir e interpretar las Escrituras. La línea demarcatoria entre ellos y los demás era tan clara que no tenían reparos en decir: «Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres» (Lucas 18:11). Desde su perspectiva, el mundo estaba dividido en dos grupos: los fariseos y los demás.

Como siempre, ningún grupo es totalmente bueno ni totalmente malo. Aun en el más feo algo de belleza se puede encontrar. Por ejemplo, Josefo, el célebre historiador judío, dice que los fariseos, a diferencia de la clase sacerdotal de Jerusalén, sostenían un estilo de vida sin ostentaciones, que se caracterizaban por su sencillez, que eran afectuosos y muy respetuosos de los mayores. El mismo autor agrega que los fariseos representaban la secta más conservadora de la religión judía, la que «exigía el más estricto cumplimiento de la ley y observaba una extrema solicitud hacia a Dios», que «contaban con las simpatías de las mujeres» y que se habían «atrevido a resistir a los reyes», pues cuando toda la nación judía juró fidelidad «al César y a su gobierno, ellos se negaron a hacerlo» (*Antigüedades de los judíos*, libro XVII. II. 4). ⁴

Los fariseos se mantuvieron fieles en una época de apostasía generalizada. ¡Con razón se convirtieron en héroes de la fe judía! De hecho, miles fueron torturados y crucificados a causa de su adhesión a los principios establecidos en la Torá. Ellos conocieron por experiencia propia lo que significaba padecer tribulaciones por mantener en alto el estandarte de la Ley divina.

Aunque tenían una gran popularidad entre los sectores más bajos de la nación, en los tiempos de Cristo se cree que había unos seis mil fariseos. ¿Por

qué no tenían un mayor número de prosélitos? El problema de esto pudo haber radicado en que si bien alguien podía simpatizar con los fariseos, eso no lo hacía fariseo. Para llegar a ser miembro oficial del partido el candidato tenía que someterse a un «período de prueba de un mes a un año de duración, durante el cual el postulante tenía que dar pruebas de su capacidad para observar las prescripciones rituales». ⁵

Mientras escribo este párrafo no dejo de sonreír. Jesús nunca estableció un ciclo probatorio para que alguien llegara a ser su discípulo. No obstante, he conocido a muchos seguidores del Señor que abogan para que todo el que quiera ser miembro de la iglesia sea sometido a un estricto período de prueba. En la Biblia no hay un solo pasaje que apoye esta práctica. Se dice que el primero en sugerir la necesidad de poner a prueba a los catecúmenos fue Hipólito de Roma. En su *Tradicón apostólica*, él planteó que cada candidato al bautismo debía recibir tres años de instrucción antes de ser admitido como miembro del cuerpo de Cristo. La tradición anabaptista, por ejemplo, estableció un período de seis meses de prueba antes de permitirle el bautismo a un creyente. Elena G. de White escribió que antes de ser bautizada en la Iglesia Metodista tuvo que pasar un período de prueba (ver *Notas biográficas de Elena G. de White*, cap. 2, p. 27). ¡Me parece que, en este aspecto, el farisaísmo sigue insertando sus ideas en pleno siglo XXI en el mundo cristiano!

Los fariseos también procuraban «constantemente la manera de materializar en la práctica el ideal propuesto por los estudiosos de la Torá, llevar en todo una vida conforme a la Torá [...]. Cumplirla minuciosamente era el principio y el fin de todos sus esfuerzos». ⁶ En esto todos estaríamos de acuerdo con los fariseos. Sin embargo, el fariseo no solo se preocupaba por la observancia de la Torá, sino que además eran fieles adeptos a la interpretación que los ancianos habían hecho de la misma. Para ellos, la Torá y la interpretación de los ancianos se hallaban al mismo nivel. Apartarse de la segunda implicaba repudiar la primera. De esta manera, la Torá escrita era vinculante con la tradición oral. Al unir la tradición humana con la Ley divina los fariseos impusieron sobre los demás cargas que ellos ni siquiera tocaban con un dedo. Cristo rehusó aceptar esas cosas, pues para él los fariseos habían «invalidado el mandamiento de Dios» al seguirla tradición de los padres (Mateo 15:6). Ahí comenzaron los problemas con el farisaísmo.

Los fariseos en Lucas ⁷

Tengo la impresión de que a muchos no nos gustará la versión que Lucas presenta de los fariseos. Pero ni modo, el que tenga algún problema con eso, le vendría bien hacer arreglos para que lo discuta con el evangelista cuando nos encontremos con él en el cielo. Lo primero que le diré es que, a diferencia de otros evangelistas, Lucas no presenta a los fariseos tomando parte activa en el proceso de juicio, condenación y crucifixión de Jesús. Como buen historiador, Lucas es conciente de que el poder político estaba en mano de los sacerdotes, que eran saduceos, y de los romanos. Los fariseos tenían influencia religiosa en el pueblo, pero en lo referente a decisiones civiles o políticas su influencia era exigua.

En segundo lugar, Lucas es el único de los Evangelios sinópticos que relata encuentros privados en los que Jesús y ciertos miembros de la secta farisaica comparten la mesa. El Salvador comió en casa de Simón el fariseo (Lucas 7:36-50); en Lucas 11:37 se dice que «un fariseo le rogó que comiera con él», y ¿sabe usted qué hizo Jesús? Pues «se sentó a la mesa» y comió con ese fariseo. Lucas registró que Jesús también fue a comer «a la casa de uno de los líderes fariseos» (14:1).

Así como Jesús aceptó el banquete que le ofreció el publicano Leví (Lucas 5:29), también recibió con agrado las invitaciones que le hicieron los fariseos. Él nos acoge a todos, y no rehúye ser acogido por todos. Compartir con todos, sin importar cuál sea la afiliación religiosa o política de sus anfitriones, llegó a ser una actividad rutinaria en la vida social del Maestro. ⁸ Es cierto que Lucas nos presenta a un Cristo que es solidario con los sectores más marginados de la sociedad, pero ello no indica que los pudientes hayan sido excluidos de su misión salvadora. Por otro lado, al mencionar estos banquetes, Lucas se propone que sus lectores entiendan que «Jesús gozaba del respeto de los líderes religiosos, aunque él estaba en desacuerdo con ellos». ⁹ Esos fariseos no se hubieran atrevido a invitarlo a comer a menos que tuvieran una valoración positiva de la obra del Señor.

Las comidas de Jesús con los fariseos, contrario a lo que podríamos suponer, expresan palmariamente que los fariseos no quedaron fuera del alcance de la gracia divina. El Salvador hizo con ellos lo que hubiera hecho con cualquier ser humano: mostrarle el amor de Dios y darles palabras de esperanza. Si el fariseo, en su celo por obedecer la ley, había perdido el horizonte de lo que

realmente era significativo en su experiencia espiritual, era deber de Jesús sacarlos de ese legalismo enfermizo y ponerlos en el camino de la gracia divina. La iglesia primitiva entendió este punto y nunca cerró las puertas de la salvación a los fariseos. El mismo Lucas declara en el libro de los Hechos que «algunos fariseos» terminaron creyendo en el mensaje de salvación (Hechos 15:5).

En un hecho inaudito, que solo ha sido registrado por Lucas, se nos cuenta que ciertos fariseos revelaron su preocupación por Cristo, le advirtieron en cuanto a los siniestros planes que Herodes estaba tramando contra él y le dijeron: «Vete de aquí, porque Herodes quiere matarte» (Lucas 13:31). Incluso, en cierta ocasión el radical partido judío hizo todo lo posible por salvarle la vida a Pablo y declararon: «Ningún mal hallamos en este hombre; que si un espíritu le ha hablado, o un ángel, no resistamos a Dios» (Hechos 23:9).

A veces el amor grita

Supongo que usted debe de estar pensando en esos episodios en los que Jesús lanza sus invectivas contra los fariseos. Bueno, en ocasiones el que ama tiene que «gritarle» a los que son objetos de su amor. Sí, al amor también le llega el momento cuando tiene que «clamar a voz en cuello» y elevar el tono de su mensaje. Lucas dice que Jesús tuvo hacerlo.

Todo comenzó cuando un fariseo se acercó a Jesús y «le rogó que comiera con él» (Lucas 11:37); sin embargo, «se sorprendió al ver que Jesús no había cumplido con el rito de lavarse antes de comer» (versículo 38, NVJ). Pero, ¿por qué se sorprende? No hay un solo pasaje de la Biblia que prescriba que para evitar una impureza ritual uno tenga que lavarse las manos. En el Antiguo Testamento solamente se le exigía al sacerdote que lavara sus manos antes de dar inicio a sus labores en el Templo. Pero los fariseos pretendían extender las regulaciones propias del templo a la esfera de lo cotidiano. Como no pertenecían a la clase sacerdotal esperaban cumplir en sus casas lo que el sacerdote hacía en el templo. J. H. Elliot lo explica con estas palabras: «Según el pensamiento fariseo, los alimentos y la comida constituían un eslabón entre el templo, con su altar, y la casa privada, con su mesa. Para los adeptos al farisaísmo, las rigurosas regulaciones de pureza referentes al templo, al sacerdocio y a los sacrificios se extendían a la cama y a la mesa de todo judío observante». ¹⁰

A primera vista esto suena bien. Sin embargo, a fin de poder aplicar los

principios sacerdotales a la vida diaria hay que asegurarse de poseer una dosis apropiada de sentido común. Con bastante frecuencia solemos olvidar que «debemos guiarnos por la teología verdadera y el sentido común» (*Consejos para los maestros padres y alumnos*, p. 244). No siempre una «teología verdadera» puede aplicarse a la experiencia diaria. Precisamos, según Elena G. de White, del sentido común para saber cuándo la «teología verdadera» desempeña un papel relevante en la vida del creyente. Esto suena confuso, mejor se lo ilustraré con un ejemplo bíblico. Dice Levítico 21:5 que los sacerdotes «no deberán raparse la cabeza, ni afeitarse la barba». Esa declaración encierra «teología verdadera», es una prescripción ordenada por Dios. Sin embargo, el hecho de que haya sido «teología verdadera» en los tiempos bíblicos, ¿implica que ahora tenemos que aplicarla al pie de la letra? Se lo dejo de tarea.

Volvamos al tema de la purificación. Uno de los problemas de los fariseos es que suponían que si ellos vivían de una manera, los demás precisaban hacer lo mismo y si no lo hacían eran reos de condenación. En cierta ocasión, un rabino le dijo a otro judío: «Cuando vi que comiste sin lavarte las manos y sin elevar una bendición, yo pensé que eras un idólatra». ¹¹ Según una sentencia rabínica, comer sin lavarse las manos es semejante a haber tenido relaciones sexuales con una ramera. ¹² En otras palabras, para el fariseo de Lucas 11, Cristo había cometido una grave transgresión y por lo tanto se le podía considerar idólatra y adúltero. ¡Todo porque Jesús rehusó lavarse las manos!

El fanatismo religioso, usando el nombre de Dios, suele pronunciar las aseveraciones más ridículas e insensatas que pueda oír el ser humano. Hace poco recibí un correo de una persona que se «sorprendía» de que en *Prioridades*, la revista misionera de la División Interamericana, habíamos dedicado el número de diciembre para hablar del nacimiento de Cristo, puesto que, según su argumento, la Palabra de Dios prohíbe que lo hagamos. Si como director de la revista decido hacerle caso a esas declaraciones farisaicas tendría que recomponer la Biblia y borrar lo que Mateo y Lucas escribieron sobre el nacimiento del Salvador del mundo.

Lo cierto es que tales «sorpresas» en muy raras ocasiones tienen fundamento bíblico. Más bien, en la mayor parte de los casos, son el resultado del farisaísmo asentado en los religiosos de nuestro tiempo. A Jesús le indigna la gente así. A los que se «sorprenden» de que otros no se sometan a sus «torpezas religiosas», Jesús prefiere «gritarles»:

«Ustedes los fariseos limpian por fuera el vaso y el plato, pero por dentro ustedes están llenos de lo que han conseguido por medio del robo y la maldad. ¡Necios! ¿No saben que el que hizo lo de fuera, hizo también lo de dentro? Den ustedes sus limosnas de lo que está dentro, y así todo quedará limpio.

«¡Ay de ustedes, fariseos!, que separan para Dios la décima parte de la menta, de la ruda y de toda clase de legumbres, pero no hacen caso de la justicia y el amor a Dios. Esto es lo que deben hacer, sin dejar de hacer lo otro.

«¡Ay de ustedes, fariseos!, que quieren tener los asientos de honor en las sinagogas, y que desean que la gente los salude con todo respeto en las calles.

«¡Ay de ustedes, que son como sepulcros ocultos a la vista, los cuales la gente pisa sin saberlo!» (Lucas 11: 39-44, DHH).

Amigo lector, el punto clave de esta invectiva es que para Jesús lo más importante es lo «de dentro». Él quiere fomentar un cambio interior, una transformación que tiene menos que ver con lo que se ve y más con lo que no se ve. Que entendamos que nuestro compromiso no es cumplir con las tradiciones humanas, sino obedecer lo que ha dicho el único que puede decidir cuál será nuestro destino eterno. Mientras que el fariseo le teme al «qué dirán los demás», Jesús nos impele a cumplir con las reglas que ha impuesto el Padre celestial, al que hemos de obedecer y temer (Lucas 12:4, 5).

Como los fariseos, muchos nos hemos aferrado a una religión «paliativa» de lo externo, en tanto que Cristo pretende «curar de raíz», limpiar la contaminación que hay en nuestro interior. Usted y yo podemos abogar por la limpieza de las manos, revelar una mera apariencia de piedad; pero Jesús procura purificarnos de la «rapacidad y la maldad» que solo él puede ver.

Los fariseos se lavan las manos; pero ignoran que ellos mismos, por su hipocresía, son propagadores de inmundicia. Aunque por fuera parecían vivos, en su interior cargan con un muerto en estado de putrefacción. Son sepulcros blanqueados. De qué nos vale tener las manos limpias, si tenemos el alma renegrida por el sucio del pecado que los demás no pueden ver en nosotros. Aparentaban una vida ordenada; sin embargo, eran promotores del desorden. Cumpliendo ceremonias externas relegaron a un segundo plano lo más significativo: «La justicia y el amor» (Lucas 11:42). La vida espiritual no se limita a la pronunciación de solemnes peroratas, hay que profesar una renovada disposición de servir fraternalmente a quienes nos rodean. No hay virtud en lavarse las manos si cerramos los ojos y el corazón para no amar y tratar justamente a quienes nos rodean. El legalista es proclive a criticar sin

piedad a los demás y, al mismo tiempo, rehúye ofrecer la más mínima expresión de ayuda.

Jesús pone los puntos sobre las ies porque detesta la descarada incoherencia del fariseo. Exigen que los demás cumplan lo que ellos no viven. En su enfermiza obsesión por aplicar la Ley a otros, ellos mismos acaban transgrediéndola. Apelan a la ortodoxia, a las minucias teológicas, al rigorismo religioso, aman «las primeras sillas en las sinagogas», pero no son capaces de amar a la gente. La imagen que tienen de Dios es como ellos: riguroso y mezquino. No tienen idea de que Dios es amor. Han perdido de vista que hemos de ser «sensibles tanto con Dios como con los demás». ¹³

Lo más asombroso es esto: Su sistema doctrinal estaba tan apegado a la revelación, que el mismo Jesús les dijo a sus oyentes: «En la cátedra de Moisés se sientan los escribas y los fariseos. Así que, todo lo que os digan que guardéis, guardadlo y hacedlo» (Mateo 23:2, 3). En lo que a teología se refiere Jesús estuvo muy cerca de los fariseos. A diferencia de los saduceos, los fariseos defendían la doctrina de la resurrección, creían en la existencia de los ángeles, en la recompensa de los justos y en el castigo venidero (Hechos 23:8, 9). De Lucas 11:19 se puede inferir que practicaban el exorcismo. Consideraban el ayuno como una parte esencial de su piedad religiosa por lo menos dos veces a la semana (Lucas 18:9-14; 5: 33). Los días oficiales para dicha práctica eran los lunes y los miércoles. Su vida giraba en torno a una estricta obediencia a la «Ley de Moisés» y por eso era necesario que la gente se comprometiera a cumplirla (Hechos 15:5). De ahí que Pablo no dudaba al decir que, «en cuanto a la Ley», él se consideraba un excelente «fariseo» (Filipenses 3:5).

El problema del fariseo no era teológico. Su herejía no radicaba en su doctrina, sino la forma en la que la vivían. Su fallo no consistía en la falta de conocimiento, sino en la mala aplicación de lo mucho que sabían. Su teología estaba bien; lo que estaba mal era su vida. Eran ortodoxos en sus conceptos, pero herejes de comportamiento. El fariseo decía una cosa en tanto hacía lo contrario de lo que decía. ¿No se parecen a nosotros? ¿Acaso no hemos caído en el error farisaico de vivir una experiencia espiritual a medias, de apariencia? ¡La verdad es que todos hemos caído en la hipocresía del fariseo!

Comentando el mensaje de Lucas 11:39-44, Elena G. de White nos advierte: «La misma reprensión cae sobre muchos que en nuestro tiempo hacen alta profesión de piedad. Su vida está manchada de egoísmo y avaricia, pero arrojan sobre ella un manto de aparente pureza, y así por un tiempo engañan

a sus semejantes, pero no pueden engañar a Dios. Él lee todo propósito del corazón, y juzgará a cada uno según sus obras» (*El Deseado de todas las gentes*, cap. 67, p. 581).

Estemos preparados

Hoy, los creyentes del siglo XXI, hemos de prepararnos para que cuando Jesús regrese podamos disfrutar de la dicha y el gozo eternos. La pregunta que hemos de hacernos es: ¿Cómo podemos prepararnos? Algunos suponen que demostramos que estamos preparados asistiendo fielmente a la iglesia, devolviendo devotamente el diezmo, llevando una vida de ayuno y oración, recorriendo mar y tierra a fin de ganar discípulos para la causa. ¿Qué le parece? De hecho, si cumpliéramos con todas esas cosas, ¡todos seríamos excelentes fariseos! El fariseo es un encantador prototipo de la clase de miembros que cualquier pastor desearía tener entre sus feligreses.

Sin embargo, a la vez que reunía todos los requisitos que lo hacían ver como un ejemplo de la vida espiritual, el fariseo no se percataba de que había caído en las redes del formalismo y la hipocresía. Y como Jesús espera que nosotros no caigamos en el mismo error, nos aconsejó: «Guardaos de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía» (Lucas 12:1). A veces nuestra supuesta preparación no es más que una réplica del formalismo hipócrita que conlleva una vida espiritual desprovista de la gracia divina.

En los tiempos de Jesús, «hipócrita» era el vocablo que describía a un actor que figuraba ser lo que no era. La gente iba al teatro a divertirse observando la actuación de los «hipócritas»; a nadie se le ocurría pensar que el actor era un «descarado» porque no vivía a la altura del personaje que encarnaba. No obstante, la vida espiritual no es una obra de teatro. Estamos aquí para representar lo que somos: hijos de Dios. Aquí no hay cabida para el entretenimiento. «El problema con el hipócrita religioso —escribe John Stott— es que deliberadamente se propone engañar a las personas». ¹⁴ Vive para complacer al otro; su experiencia espiritual depende de lo que diga el otro; cumple con las reglas externas para hacerle creer al otro que él está preparado espiritualmente.

Lo cierto es que la hipocresía no debe tener cabida entre nosotros. Descuidarnos en este aspecto es poner en riesgo nuestra vida eterna ya que la

hipocresía constituye una grave enfermedad espiritual. Si de verdad queremos estar preparados para el regreso de Jesús hemos de vivir un cristianismo auténtico, real, sin medias tintas.

Finalmente, si queremos de verdad estar listos para vivir en el más allá, prestemos atención a lo siguiente. Los fariseos y los maestros de la Ley desecharon «lo que Dios había querido hacer en favor de ellos» (Lucas 7:30, DHH). Sí, Dios quería «hacer» algo especial con los fariseos, pero ellos no quisieron. Se aferraron a sus propias obras y se olvidaron que lo más relevante no es que *lo hagamos nosotros*, sino lo que Dios *haga en nosotros*. Aunque eran expertos en la Ley, no pudieron comprender el plan de Dios y esquivaron «su propia salvación». ¹⁵ Después de todo, tanto para los fariseos como para nosotros, la vida eterna se limita a una decisión: recibirla o rechazarla. Todo lo demás será el resultado natural de lo que hayamos decidido.

Referencias

- ¹ Para mayor información, ver a Emil Schürer, *Historia del pueblo judío en tiempos de Jesús: Instituciones políticas y religiosas* (Madrid: Ediciones Cristiandad, 1985), t. II, pp. 507-524; Joachim Jeremias, *Jerusalén en tiempos de Jesús: Estudio económico y social del mundo del Nuevo Testamento* (Madrid: Ediciones Cristiandad, 1980), pp. 261-284; L. Cohick, «Pharisees», en *Dictionary of Jesus and the Gospels*, Joel B. Green, ed. (Downers Grove, Illinois: IVP Academic, 2013), pp. 673-679.
- ² Rudolf Meyer, «Farissaios» en *Theological Dictionary of the New Testament*, Gerhard Kittel y Gerhard Friedrich, eds. (Grand Rapids: Michigan: Wm. B. Eerdmans Publishing, 2006), t. IX, p. 12.
- ³ Jeremias, *Jerusalén*, p. 261.
- ⁴ Flavio Josefo, *Antigüedades de los judíos* (Terrassa, Barcelona: Editorial Clie, 1988), t. III, p. 180.
- ⁵ Jeremias, *Jerusalén*, p. 266.
- ⁶ Schürer, *Historia*, p. 505.
- ⁷ Mary Marshall, *The Portrayals of the Pharisees in the Gospels and Acts* (Gotinga, Alemania: Vandenhoeck & Ruprecht, 2014), pp. 128-183; Anthony J. Saldarini, *Pharisees, Scribes and Sadducees in Palestinian Society: A Sociological Approach* (Grand Rapids: Michigan: Wm. B. Eerdmans Publishing, 2001), pp. 174-198; David Gowler, *Host, Guest, Enemy, and Friend: Portraits of the Pharisees in Luke and Acts* (Eugene, Oregon: Wipit and Stock Publishers, 1991), pp. 177-296.
- ⁸ John Martin Creed, *The Gospel According to St. Luke: The Greek Text* (Londres: Macmillan and Co., 1942), p. 110.
- ⁹ R. T. France, *Luke: Teach and Text Commentary Series* (Grand Rapids, Michigan: BakerBooks, 2013), pp. 206, 207.
- ¹⁰ J. H. Elliot, «Household and Meals vs. Temple purity replication patterns in Luke-Acts», *Biblical Theological Bulletin* 21 (1991), p. 103.
- ¹¹ Craig A. Evans, *Luke*, New International Biblical Commentary (Peabody, Massachusetts: Hendrickson Publishers, 1990), p. 191.
- ¹² David E. Garland, *Luke*, Exegetical Commentary on the New Testament (Grand Rapids, Michigan, 2001), p. 493.
- ¹³ Darrel L. Bock, *Lucas: Del texto bíblico a una aplicación contemporánea* (Miami, Florida: Editorial Vida, 2011), p. 304.
- ¹⁴ John Stott, *El sermón del monte* (Buenos Aires: Certeza Unida, 2007), p. 133.
- ¹⁵ Salvador Carrillo Alday, *El Evangelio según san Lucas* (Estella, Navarra: Verbo Divino, 2009), p. 170.